

la misma manera que si el rey estuviera presente, con lo cual se disolvieron las cortes ⁽¹⁾.

Tal fué el resultado del primer viage de Felipe IV. á Aragon y Cataluña, y tal el fruto de sus demandas á las cortes de los tres reinos de aquella antigua corona. No es de estrañar pues el disgusto y enojo con que regresó el rey á Madrid, donde no debió olvidar los restos de independencia que todavía habia encontrado en los aragoneses y catalanes, que si bien le recibieron con magnificencia y con muestras de afectuosidad, no anduvieron tan obsequiosos y galantes cuando se trató del servicio, y si los unos se le manifestaron reacios en conceder y no olvidados de sus franquicias, los otros se le mostraron hasta adustos cuando tocó á sus intereses y á sus fueros. Nacian las necesidades del rey para pedir, y las dificultades de las cortes para otorgar, ya de los desaciertos, desórdenes y gastos de los reinados precedentes, ya de las guerras que Felipe IV y su ministro favorito se empeñaban imprudentemente en sostener en todas partes, y de que pasaremos á tratar ahora.

(1) Dormer, Anales de Aragon MM.SS. lib. II. cap. XI. al XXIII. —Algunos escritores de España (dice con razon este historiador) son dignos de censura por ignorar las materias públicas, y que pudieron haber leído en los fueros que se promulgaron en Aragon y Valencia. Don Gonzalo de Céspedes, en la Historia del rey don Felipe, en pocos renglones comete muchos yerros, refiriendo el congreso de las cortes de Barbastro; y hablando del servicio que los reinos de Aragon y Valencia le concedieron, dice que prometieron largamente lo que jamás podrian cumplir.... Estas son sus palabras formales, ó por mejor decir, «sus formales descuidos.» Capitulo XXI.

CAPITULO II.

GUERRAS ESTERIORES.

De 1621 á 1628.

Tratado sobre la Valtelina.—No se cumplió, y por qué.—Reclamaciones del rey de Francia.—Liga entre Francia, Saboya y Venecia contra España.—Confederacion de España con otras potencias de Italia.—Guerra de la Valtelina.—Apurada situacion de Génova.—Negóciase la paz.—Tratado de Monzon.—Alemania.—Auxilios de España al emperador Fernando.—Triunfos de las armas españolas.—Tilli: Gonzalo Fernandez de Córdoba.—Flandes.—Espira la tregua de doce años, y se renueva la guerra.—Auxilios de España al archiduque Alberto.—El marqués de Espinola.—Esfuerzos é intrigas del cardenal Richelieu contra España.—Célebre sitio y rendicion de Breda.—Victorias de los españoles en las costas de América y de Africa contra ingleses, holandeses y berberiscos.—Ruidosos tratos de matrimonio entre la infanta doña Maria de España y el inglés principe de Gales.—Suntuosísimo recibimiento del principe en Madrid.—Fiestas estraordinarias.—Consultas sobre el matrimonio.—Dilaciones: conciertos: prórogas.—Preparativos de boda.—Marchase el principe sin casarse.—Solucion estraña de este negocio.—El principe de Gales sube al trono de Inglaterra.—Resentido de España, envia una numerosa escuadra contra Cádiz.—Resultado que tuvo.—Espedicion de una armada española contra Inglaterra.—Remesas de América.—Desvanecimiento de la corte de Madrid.

Aunque todas las medidas que para la reformation del reino y reparacion de la hacienda dictó el conde-duque de Olivares, y con que en el principio de

este reinado aludió al pueblo, hubieran sido hechas de buena fé, y con el firme propósito de ejecutarlas, habrían sido insuficientes á levantar la nacion de su abatimiento, empeñándose como se empeñó en seguir gastando la sustancia y las fuerzas de la monarquía en tantas y tan costosas guerras con naciones estranas como le legaron en herencia los reinados anteriores. El favorito del nuevo monarca lisongeó al inesperto soberano con la bella idea de hacerle el mas poderoso príncipe del mundo, dilatando los límites de su monarquía hasta dar la ley á todas las demas potencias, y lo que hizo fué, como iremos viendo, acabar de empobrecerla y arruinarla.

El único negocio que parecia caminar á una solucion pacífica era el de la Valtelina. Entablada ya la negociacion por escitacion ó consejo del papa Gregorio XV., entre las córtes de Francia y España en los últimos dias de Felipe III, y habiendo recomendado éste á su hijo poco antes de morir que viera de poner término á las sangrientas disputas de que tantas veces habia sido teatro aquel funesto valle, llegaron á entenderse y convenirse los negociadores franceses y españoles, y en su consecuencia se asentó en Madrid un tratado (25 de abril, 1621), en el cual se estipularon entre otras las condiciones siguientes: Que el rey de España no tendria en los confines de Milan por la parte de la Valtelina mas tropas que las que acostumbraba antes de los últimos movimientos, y lo mismo harian

por su parte los grisonos: que la religion católica se restableceria en aquellos paises como estaba en 1617, y los de la liga concederían un indulto general por todo lo hecho en las últimas alteraciones: que los fuertes levantados alli por los españoles serian demolidos. Pero este tratado quedó sin ejecucion, porque los católicos del valle representaron enérgicamente contra él pidiendo que se anulára, y fundándose en que semejante capitulacion equivalía á entregarlos de nuevo al yugo de los grisonos protestantes, que con ayuda de los españoles habian felizmente sacudido; que la religion católica y sus templos quedaban otra vez espuestos á las profanaciones de aquellos hereges; que ellos no habian sido oidos y que era muy extraño que el rey de Francia, en tanto que hacía la guerra á los protestantes de su reino, estuviera favoreciendo á los de la Valtelina (1).

Por mas que el rey cristianísimo reclamó la ejecucion del conyenio por medio de su embajador en Madrid Basompierre, el conde-duque de Olivares lo fué dilatando cuanto pudo, hasta que temiendo que Luis XIII, enemigo del engrandecimiento de la casa de Austria, tomára de ello pretesto para moverle guerra por aquella parte, que á España importaba tanto conservar en paz para la seguridad de sus estados de Italia, negoció en Aranjuez otro tratado (1622),

(1) Céspedes, Hist. de Felipe III, lib. I., cap. VIII. — Anales, lib. I., cap. VIII. — Dormer, lib. II., cap. IV.

que fué como un apéndice del primero, por el cual se convino en que los fuertes de los españoles en la Valtelina se pondrían en poder de un príncipe católico hasta que se arregláran las diferencias entre Francia y España. Nada se adelantó con esto, porque interesado Luis XIII en arrojar de Italia á los españoles, sirvióle de pretexto la falta de ejecución del tratado de Madrid para formar en Aviñon una liga entre Francia, Saboya y Venecia con objeto de obligar á España á restituir á los grisonos la Valtelina. Acudió entonces el rey católico á la mediacion del pontífice, y si bien alcanzó que se ajustára un nuevo asiento en Roma, pactándose que las fortalezas de los españoles se depositáran en manos del papa (4 de febrero, 1623), con cuya condicion se ratificó el tratado de Madrid, á los tres dias de este concierto le quebrantó con escándalo el francés, llevando adelante la liga proyectada en Aviñon con Venecia y Saboya, y acordando levantar un ejército aliado para devolver la Valtelina á los grisonos.

Mas antes de romper la guerra, el astuto cardenal de Richelieu, ministro de Luis XIII, y enemigo celoso de la casa de Austria, previnose para ella renovando la alianza entre la Francia y las Provincias-Unidas de Holanda, y formando una liga entre el rey, el duque de Saboya y la república de Venecia para la restitucion de la Valtelina⁽¹⁾. Al propio tiempo no dejó de ne-

(1) Histoire du Ministère d'Armand Jean Du Plessis, cardinal

gociar en Roma sobre el mismo asunto con el papa Urbano VIII, que habia sucedido á Gregorio XV, el cual colocado entre las opuestas exigencias de las córtes de España y Francia, anduvo vacilante y perplejo sin saber qué partido tomar de los que cada embajador le proponia, temeroso de descontentar á una de las dos potencias. Pareciéndole ya á Richelieu perjudicial tanta dilacion, y persuadiendo á su soberano de que lo mejor y mas breve era hacer uso de las armas, sin dejar de declarar al pontífice que era necesario diese una satisfaccion pronta, comenzó el francés á levantar tropas en los cantones suizos (1624), con las cuales y con las que envió de Francia se fueron sus generales apoderando de algunos fuertes de la Valtelina, y haciendo tratados con los naturales del valle. A las reclamaciones y quejas que sobre esta conducta hicieron en París el nuncio de Su Santidad y el embajador de España, contestó el cardenal ministro friamente, que la Francia no podia consentir que so pretexto de religion se apoderáran los españoles de Italia y oprimieran á sus aliados. Proseguia en tanto el general francés sus conquistas, abandonando las tropas pontificias la mayor parte de los fuertes por encontrarse débiles para defenderlos; y como el nuncio repitiera sus quejas por esta invasion, la córte de París concedió una suspension de armas por dos meses solamente;

duc de Richelieu, sous le regne de Louis le Juste. Ann. 1624: pági-

que de intento no comuicó Richelieu al general francés para darle tiempo de acabar su conquista (febrero, 1625.)

Por su parte los españoles, que no tenían ya mucha seguridad en la mediacion del papa, se confederaron con los príncipes italianos de Parma, Módena y Toscana, y con las repúblicas de Génova y Luca, obligándose éstos á levantar un ejército de veinte y cuatro mil infantes y seis mil caballos, que habia de mandar el duque de Feria, gobernador de Milan, y una armada de noventa velas, cuyo mando tomaría el marqués de Santa Cruz con el título de almirante. Cada provincia de España se ofreció á contribuir ó con tropas ó con dinero ó con naves, y hasta el clero se prestó á mantener veinte mil hombres. De modo que el número y fuerza de esta suzericion universal ascendió á un total de ciento cuatro mil hombres de infantería, catorce mil seiscientos caballos, sesenta y dos navíos y diez galeras. Esfuerzo prodigioso, y mendida la pobreza del reino. La nobleza contribuyó tambien con cerca de un millon de ducados, y la reina y las infantas ofrecieron sus mas preciosas joyas para los gastos de la guerra. Hicieron circular libelos infamatorios contra la liga de Francia, Saboya y Venecia, y se empleó la intriga con los hugonetes franceses, por cuyo artificio se armaron estos poderosamente contra su rey ⁽¹⁾.

(1) Histoire du Ministère de Richelieu, p. 67—69.

Noticioso el cardenal de Richelieu de tan gigantescos aprestos, y á fin de impedir que estas fuerzas entráran en la Valtelina, envió algunas tropas al duque de Saboya, con quien pactó en secreto que si se apoderaba de Génova, se partiría entre Francia y el Piamonte, y en el caso de querer para sí todo el estado de la república, se conquistaría el Milanesado, y se entregaría al francés.

Este hábil y activo ministro intentó comprometer en su ayuda á la Inglaterra, de la cual sin embargo no obtuvo sino promesas vagas. Mas fortuna alcanzó con los holandeses, que le prometieron poner en el mar veinte galeras bien armadas contra Génova. Entretanto, con diez mil hombres y dos mil caballos que al mando del condestable de Francia envió al duque de Saboya, juntó éste un ejército de veinte y cuatro mil infantes, tres mil ginetes y treinta y seis piezas de artillería, con el cual invadió el Monferrato y se apoderó de casi todas sus plazas.

Resentida la córte de España de esta conducta de Luis XIII. y de su ministro, mandó secuestrar todos los efectos que los franceses tenían en el reino (9 de abril, 1625), y á su ejemplo la de París hizo lo mismo con los bienes que los españoles y genoveses poseían en aquellos estados (22 de mayo). El papa por medio de un legado que envió á París (el cardenal Barberini) trató de reconciliar ambas potencias, pero Luis XIII. se empeñaba en que habia de cumplirse re-

sueltamente el tratado de Madrid. Y cuando el legado le representó que el rey de España estaba decidido á proteger con todas sus fuerzas á los genoveses, le contestó el monarca francés: «*Si Felipe toma primero las armas contra mí, yo seré el último en dejarlas.*»

Después de muchas conferencias y consultas sobre el arreglo que podría hacerse en el asunto de la Valtelina, causa de la guerra entre tantos Estados, y desvanecida toda esperanza de concierto, volvió el general francés á emprender las hostilidades. El de Saboya redujo á los genoveses á la sola capital de la república y á la plaza de Savona. Solo en España fundaban los consternados genoveses la esperanza de que su patria pudiera salvarse; y no se equivocaron. Aparecióse con imponente escuadra el marqués de Santa Cruz delante de Génova, y obligó á los franceses á retirarse. Por tierra el duque de Feria, gobernador de Milan, acudió con veinte y cinco mil hombres y catorce piezas de batir, acometió el Monferrato, tomó varias plazas poco antes ocupadas por los franceses, hubo matanzas horribles de saboyanos, y alentados los genoveses con la protección de los españoles, recobraron sus ciudades y fuertes casi con la misma rapidez que los habían perdido.

Richelieu sin embargo no cesaba en su propósito. Por mas que el legado pontificio le representaba con viveza cuán maravillado estaba el mundo de ver que mientras con tanto vigor trabajaba por oprimir á los

hugonotes de dentro del reino, protegía con tanto calor á los calvinistas grisonos contra los católicos de la Valtelina, el cardenal ministro fatigó con su insistencia al legado de la Santa Sede, en términos que resolvió abandonar la Francia, se despidió del rey y se volvió á Roma. Por otra parte, creyéndose el ministro cardenal próximo á ser abandonado de los suizos, despachó allá de embajador extraordinario al mariscal de Basompierre cargado de escudos de oro para que prosiguiera negociando el apoyo de los cantones. Los escudos acaso mas que las razones influyeron en que la Dieta helvética diera por fin al embajador francés una respuesta favorable. Pero en medio de todo no habían dejado de hacer efecto en el ministro eclesiástico de Luis XIII., ya las reflexiones del legado del papa, ya los cargos que todos los católicos de dentro y fuera del reino le hacían por los daños que estaba causando á la religion católica con su obstinada protección á los grisonos protestantes. Publicábase libelos, en que le apellidaban *Patriarca de los ateos, y Pontífice de los calvinistas.*

Fuese resultado de que sintiera la difamación que con esto su honra padecía, fuese efecto de los últimos triunfos de los españoles en Génova, sea tambien que le obligáran á ello las guerras intestinas de la Francia, comenzó á mostrarse inclinado á la paz, y entabló negociaciones en este sentido por medio del embajador francés en Madrid conde de Targis con el conde-du-

que de Olivares. También la España deseaba ya la paz, y ajustóse al fin ésta bajo la base del reconocimiento de la libertad de la Valtelina, si bien con la obligación de pagar un tributo en señal de soberanía á los grisonés, y con la cláusula de que si ocurrieren dificultades respecto al ejercicio de la religion católica, quedára su decision sometida al juicio y fallo de la Santa Sede y del colegio de cardenales. Firmóse este tratado en Monzon (enero, 1626), donde acababa de llegar el rey don Felipe á celebrar córtés. Ratificóse despues en Barcelona (marzo), con tanto beneplácito del papa como disgusto y resentimiento de parte del duque de Saboya y de la república de Venecia, sin cuyo conocimiento le habia negociado secretamente Richelieu, dándose con esto por no poco ofendidos aquellos aliados.

Tal fué el resultado de la guerra de la Valtelina, que tantos dispendios costó á Francia y á España, y eso que intervinieron todas las potencias italianas como confederados de uno ó de otro reino con bastante daño de aquella península, quedando todavía el disputado valle, no del dominio de España, pero agradecido á ella ⁽¹⁾.

En tanto que estas cosas pasaban en Italia, no era

(1) Céspedes, Hist. de Felipe IV. lib. VI.—Coleccion de tratados de paz, treguas, etc. tom. IV.—Leclerc, Vida del cardenal de Richelieu.—Paces entre España y Francia, etc. Sevilla, Juan de Cabrera: Biblioteca de la Real Academia de la Historia, J. 87.—Histoire du Ministère de Richelieu, an. 1626, p. 139—144.

menor el movimiento que en Alemania traian las armas españolas. Felipe IV. y el conde-duque de Olivares, no obstante la situacion poco lisonjera del reino, no vacilaron en renovar la alianza y continuar los empeños contraídos por el tercer Felipe con el emperador Fernando de Alemania de ayudarle en las guerras que sostenia con los rebeldes y sublevados del imperio, contra los cuales habia conseguido ya muy señaladas victorias con el auxilio de las armas de España. A pesar de la sumision del ilustre Palatino y otros pequeños príncipes; no obstante el nuevo juramento de fidelidad prestado por el duque de Munster en nombre de los estados de la Silesia, y aun despues del tratado entre el Landgrave de Hesse y el marqués de Espínola, todavía quedaban al emperador enemigos fuertes que combatir. Dióse pues orden á los generales españoles que estaban en Alemania para que continuaran con el mayor vigor la guerra (1622), y así lo hicieron con buen éxito al principio; puesto que unidos el general de los imperiales conde de Tili y Gonzalo Fernandez de Córdoba, hijo del duque de Sesa y biznieto del Gran Capitan, atacaron y derrotaron en Hoecht sobre el Mein al conde de Mansfeldt y al malvado obispo de Halberstadt Cristian de Brunswick, dos de los principales corifeos de los protestantes. Despues de esta derrota los dos generales rebeldes se corrieron á la frontera de Francia á dar la mano á los calvinistas de aquel reino: pero rechazados por el duque de Ne-